

verdad, tales como Ptolomeo y Ticho Brahé que formularon la conclusión sin hacer el análisis completo de los hechos que servían de base á sus respectivas aserciones.

Ardua tarea sería querer demostrar la indiscutible importancia que para las ciencias tiene la Lógica, baste decir que no sólo guía nuestros raciocinios y descubre nuestros errores sino que contribuye como factor importantísimo del progreso.

Cualquiera que sea el estudio que emprendamos tendremos siempre como norma las sabias leyes de la que es llamada y con razón el "juez de todas las ciencias," que sin ella todo permanecería en el negrísimo caos de la ignorancia.

Si examinamos detenidamente este interesantísimo estudio encontraremos que el menor detalle sirve de base sólida á todos nuestros raciocinios, presentándonos la verdad tal cual es en su más halagador aspecto.

Salve ¡oh ciencia bendita; faro luminoso cuyos vívidos destellos iluminan las terribles negruras del alma en su martirio, baluarte inexpugnable donde rebotan las groseras ambiciones de los pueblos poderosos, defensa del potentado y del humilde, guía seguro del hombre inteligente y látigo terrible que fustiga á la calumnia miserable.

Bendita seas mil veces, antorcha inmaculada de nítidos fulgores, haz que tu luz resplandeciente ilumine las terribles sinuosidades de nuestra laboriosa existencia, y que al final de nuestra lucha en este simpático plantel vayamos á la escuela á ser tus más fieles y ardentísimos apóstoles.

México, 19 de Julio de 1902.

MARINA FUENTES.

LA FAMILIA Y LA ESCUELA.

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

COMPAÑERAS:

Si el arte literario consiste en transmitir eficazmente las concepciones y afectos que agitan nuestro espíritu ¡cuánto deseara poseer ese valioso don, esos secretos de tan interesante y bello arte para expresar los sentimientos que embargan mi corazón!

Porque al buscar en mi alma lo más caro, interesante y grande que reclaman mis afectos, han surgido dos ideas hermanas, dos ideas que, como dos estrellas luminosas, atraen mis miradas y excitan en mi alma los más delicados sentimientos, sin duda porque ellos encierran toda mi existencia, tales son: la familia y la escuela.

Vosotros sabéis lo que es la familia, esa pequeña sociedad de seres ligados por las mismas leyes que la naturaleza impone, leyes sabias é inquebrantables sancionadas por el amor, por ese lazo bendito y sagrado que une los corazones y embarga las voluntades. Sentimiento supremo que funde y armoniza todas las virtudes, explica todos los sacrificios, reúne todas las aspiraciones, ennobleciendo los corazones de los seres que la constituyen, que forman esa unión. Sabemos que en la familia debemos considerar principalmente dos seres á quienes debemos nuestra existencia, dos seres que consagran sus afanes, sus desvelos y su vida toda á nuestra felicidad: tales son el padre y la madre, importante dualidad que debemos considerar como

la digna intérprete de la misma Providencia Divina, pues á semejanza del Supremo Amor, al desinteresado y sublime afecto de los padres debemos nuestra existencia, así como nuestra dicha si llegamos á alcanzarla.

Este noble sentimiento se manifiesta en todo género de trabajos, sacrificios y privaciones para el padre, que en su calidad de jefe de la familia se impone el deber de proporcionar á su esposa é hijos los elementos necesarios para su subsistencia y buena educación. La madre, además de compartir con su esposo los sufrimientos ó satisfacciones que en la lucha constante de la vida deben experimentar, desempeña un papel muy distinto al del padre, aunque tan importante como aquél.

En efecto, la misión de la madre es interesantísima y sin duda más trascendental, pues desde el primer momento que estrecha contra su corazón al pequeño sér á quien ha dado la vida, tiene que prescindir de toda clase de halagos y aun de su tranquilidad. Paseos, teatros, toda clase de diversiones son vedadas ya para la madre que, en aras de su amor, sacrifica gustosa y satisfecha, todo lo que es ajeno á los cuidados múltiples que exige la vida del objeto de su ternura, y con cuánta solicitud se dedica á todos los cuidados, á todos los desvelos que su deber de madre le imponen.

Pero no es sólo éste el papel de la madre, pues más tarde cuando comienzan á aparecer en el alma virgen y candorosa del niño los destellos de la inteligencia, la madre, cual ángel tutelar que nunca lo abandona, comienza también á depositar en ese tierno corazón la semilla de una sana y rígida moral, los fundamentos de justicia, el discernimiento del bien y el mal, el amor á la virtud y la compasión por todas las desdichas y miserias humanas.

El resultado de tanta solicitud, de tanto sacrificio y desinteresado amor, sin duda que engendrará en los hijos una profunda y eterna gratitud, un respeto y sumisión. Dignos sentimientos de quienes sin poder corresponder, sí sean capaces de estimar el bien que han recibido. Así es sin duda, pues todos los hombres ilustres, todos los sabios, todas las mujeres que han sabido distinguirse por su desarrollo intelectual ó por los supremos sentimientos que las han hecho inmortales, han guardado en su corazón como el tesoro más sa-

grado, el amor y profundo respeto al recuerdo de sus padres, á quienes en la mayoría de los casos deberán su gloria.

Finalmente, además de los padres, constituyen nuestra familia otros seres, que con iguales derechos y deberes reclaman la ternura de los autores de nuestros días, respondiendo también á los mismos afectos: tales son nuestros hermanos, los amigos inmediatos con que la misma naturaleza nos brinda, con quienes compartimos nuestras impresiones, deseos, goces, penas, ilusiones y desengaños, y con quienes estamos íntimamente unidos por los mismos lazos del gran afecto que naturalmente debe desarrollarse.

Así es ó debe ser actualmente la familia.

A grandes rasgos y aunque imperfecta y brevemente he reseñado la estructura de la familia, base de nuestras actuales sociedades. Pero ¿acaso su organización ha sido siempre la misma? ¿la mujer ha desempeñado siempre el interesante papel que acabo de describir? Ciertamente que no.

De organización delicada, débil por naturaleza, dotada de exquisita sensibilidad y desprovista del valor activo, la mujer ha existido durante muchos años supeditada al hombre, y ha vivido unida á él como el siervo á su señor. Allá en los primitivos tiempos, donde quiera que fijemos nuestras miradas, veremos que en el estado salvaje la mujer acompaña al hombre y sufre con él las penalidades del frío, del calor, la inclemencia del cielo y todos los rigores de la intemperie. Y mientras el hombre se entrega á la caza ó á la pesca, primitivo medio de proporcionarse el indispensable sustento, la mujer arma la choza donde deben albergarse temporalmente y pasar su vida errante; pero aun en esas tribus salvajes se hace notable la abnegación y tierna solicitud de la mujer, pues ella dispone de las pieles procurando de la mejor manera que puede, la comodidad de su compañero y de sus hijos. Y cuando en aquella vida nómada hay que abandonar el lugar en que han vivido por algún tiempo, la mujer desarma la choza, coloca sobre sus hombros aquella tosca y sencilla armazón, y haciendo todavía un poderoso esfuerzo, duplica su energía y toma en sus brazos á sus hijos, siguiendo así á su compañero.

Más adelante, cuando busca el hombre otros elementos de vida

para prescindir de la vida errante y fija su residencia en un lugar determinado, debe haber tenido que adoptar alguna industria adecuada á las condiciones propias del lugar. Probablemente la que más influyó para el establecimiento fijo de la primitiva familia fué la agricultura, pues necesitando el que se dedicaba al cultivo de un terreno, bastante tiempo para ver el fruto de sus trabajos, debe haber tenido que edificar á su lado una casa para guarecerse de la intemperie, fijando allí su residencia definitiva. Este fué el estado primitivo de esa pequeña sociedad que se llama familia; pero desde aquella época hasta el presente ha tenido que atravesar por distintas etapas perfeccionándose más y más á medida que las naciones han ido avanzando en su civilización.

Efectivamente, si volvemos la vista hacia los pueblos de la antigüedad, observaremos que aunque entre los israelitas la esposa era respetada y obedecida en el seno de la familia, siendo además objeto de toda clase de consideraciones y aprecio como justa recompensa á sus virtudes, en cambio entre los gentiles, en quienes la idolatría había borrado en su corazón todo sentimiento de bondad y de justicia, pasaba todo lo contrario. El hombre, por ser el más fuerte y poderoso, se creyó con el derecho de dominio sobre la mujer que por su debilidad no podía emanciparse de esa tiranía, y al irse extendiendo en el mundo el paganismo, su condición se fué haciendo cada vez más crítica, hasta llegar á un grado casi insostenible, pues la que antes debiera ser la compañera del hombre, fué entonces convertida en miserable esclava. Gaume en su historia de la Sociedad Doméstica nos describe todos los martirios, todos los sufrimientos y tormentos á que estuvo sujeto nuestro sexo en la época en que la ignorancia y el atraso moral envolvieron con sus tinieblas á la humanidad. Entonces vemos sancionada, como la cosa más natural, la venta de la mujer como si se tratase, no de una criatura racional, sino de un simple mueble.

Entre los asiáticos, si tenía la desgracia de envejecer más pronto que el marido, á éste le asistía el derecho de desembarazarse de ella, y si moría él antes, ella era inmolada sobre su tumba.

Entre los tártaros era quemada en la hoguera en que se incineraba el cadáver del esposo; en otros lugares, al lado de aquél se la ente-

rraba viva. Los árabes, cuando entre ellos había más mujeres que las necesarias, les daban la muerte, enterrándolas en una fosa destinada á este objeto; y finalmente, en la Grecia, tan afamada por ser la cuna de todas las ciencias y las artes, su estado no era menos deplorable; porque aunque los griegos, fervientes admiradores de la belleza, deifican á la mujer y aun le erigen templos, estiman únicamente la belleza física y concibiendo un tipo ideal corrigen la misma naturaleza y colocan en sagrado recinto á una Venus. Sin embargo de todo esto, la condición de la mujer era bien triste, pues el marido tenía derecho de ponerla á remate público después de haber tenido hijos, arrancándola de enmedio de los seres para ella más queridos.

Especialmente entre los rígidos y austeros republicanos de Esparta donde la mayor ambición era formar guerreros, confían la educación á manos mercenarias separándolos de las madres para evitar que éstas, con su ternura y dulces afectos debilitaron la energía y arrojo ó entibiaran la apasionada inclinación de los jóvenes guerreros hacia el servicio de la patria. Finalmente, en Roma se abusaba inmoderadamente del divorcio y era repudiada por el pretexto más fútil y trivial.

De manera que la madre pagana era muy desgraciada, no sólo cuando era repudiada por su dueño, ni cuando arrancaban de sus amantes brazos á sus tiernos hijos, sino aun en el caso de que se le dejara vivir al lado de éstos, porque el respeto, el filial afecto y estimación de que había podido gozar no podían existir en sus propios hijos, pues sabido es lo que el ejemplo y costumbre influyen, y al observar el menosprecio y abandono en que vivía la madre, es indudable que sus hijos no le consagrarían tampoco la gratitud ni la estimación de que le eran deudores.

Y si esto sucedía á las esposas y madres de los poderosos y grandes hombres de aquellas sociedades griegas y romanas ¿qué pasaría con las todavía más desgraciadas compañeras de las clases humildes é igualmente desheredadas de la sociedad? Bien sabemos que las religiones antiguas y con ellas las sociedades todas exaltaban al guerrero, al fuerte, al poderoso y á todos los que consideraban de raza noble y privilegiada, así como humillaban con el sello de la infamia

y el estigma de la esclavitud la frente del esclavo, del paria cuya existencia era bien triste y desgraciada.

Y en estas circunstancias, después de haber arrastrado esos pobres seres tan ignominiosa vida, desde el nacimiento de la idolatría, desde la institución de aquellas sociedades hasta la aparición de la nueva era, hasta que el cristianismo con sus purísimos fulgores vino á disipar esas negras tinieblas y se operó una revolución completa en las nuevas sociedades.

Jesucristo expira en la cruz sobre las cumbres del Gólgota, y al irse infiltrando sus doctrinas en la conciencia de los hombres, al difundirse el Evangelio sobre el haz de la tierra, al penetrar en los espíritus, se apodera de las almas y se verifica la redención de la humanidad. Ante la imagen del crucificado y bajo la influencia de los santos principios proclamados por El, se dispersa un pueblo, el pueblo judío, y cediendo al empuje de las legiones de Constantino, otra nación se extingue en el occidente, Roma; sus templos se desploman, ruedan por el suelo las estatuas, los obeliscos se derrumban, los dioses del paganismo caen de sus pedestales y sobre sus ruinas surge el cristianismo dando á conocer al verdadero Dios. Ya el hombre no rendirá culto al sol, ni á las estrellas, ni á las montañas, ni á los volcanes, ni á los elementos; yo no tendré que fabricar sus toscos dioses para adorarlos, y en donde quiera que esté, cuando sus aflicciones y sus sufrimientos le hagan sentir la necesidad de pedir á un Sér Supremo el consuelo y el alivio á sus dolores, podrá dirigirse á ese Dios espiritual que lleva grabado en el corazón y cuyos preceptos pueden condenarse en el amor hacia El y al de nuestros semejantes como á nosotros mismos, y en la promesa de una vida mejor donde serán premiados los que han sabido dar cumplimiento á su misión en ésta, y que al abrir las puertas del cielo á los pobres, á los afligidos, á los que necesitan un lenitivo que mitigue sus padecimientos, palparán la justicia en toda su divina grandeza.

Esta era de redención que borra las castas, los privilegios de sangre, y despierta en el hombre el sentimiento sublime de la fraternidad universal, esa cruz divina, digo, representa también la renovación completa de la vida íntima de la humana naturaleza; entre la familia concluye la tiranía del padre, recobrando la madre toda su

dignidad; entonces la mujer se convierte en la sacerdotisa del hogar doméstico, y la antigua familia, hija de la ley, cede su puesto á la nueva hija del amor, que confunde en uno todos los corazones de los padres y de los hijos. Para la sociedad la ley moral servirá de base á la ley política, y los pueblos y los hombres sabrán que no es lícito cometer un crimen y que no hay más privilegios ni grandezas que las que el esfuerzo personal adquiere por su rectitud de conciencia y justicia de su proceder.

En la Edad Media, en aquellos tiempos en que la espada y el amor eran las ocupaciones más dignas del hombre, la mujer ocupó un lugar distinguidísimo, absolutamente opuesto al de las antiguas épocas que hemos descrito. Entonces, es decir, al organizarse las nuevas y actuales naciones, multitud de causas que debiera mencionar si no temiera cansar vuestra atención, elevaron á la mujer á un rango demasiado superior, mereciendo la consideración que el hombre en sus hábitos caballerescos y extremadamente galantes supo otorgarle.

Porque en la Edad Media, entre el hombre y la mujer había escásima diferencia en el desarrollo intelectual y valor científico. Por la educación de uno y otro no podía surgir el hondo abismo que en la antigüedad y que más tarde tal vez pudiera separarlos. Entonces las ciencias y las artes vivían cobijadas en los monasterios, y sólo los sabios varones que poblaban los claustros gozaban de tan preciosas riquezas.

Si intelectualmente valen tanto el hombre como la mujer y ésta podía superar á aquel en sentimientos é imaginación creadora y soñadora, se comprende sin esfuerzo que alcanzara la admiración, el amor y hasta la idolatría del hombre.

El cristianismo, pues, á esa ley bendita basada en la justicia y el amor á la humanidad que el Redentor del Mundo difundió con sus doctrinas y santificó con su propia sangre; á esa religión cuyas bases fueron y debieron ser siempre la digna intérprete de la moral más pura, á ella, digo, se debió más tarde la abolición de la esclavitud de esas humildes castas, á ellas se debió también la emancipación de la mujer, la institución del matrimonio, extendiendo así su benéfica influencia hasta lo íntimo del hogar.

Entonces la mujer fué, no ya la esclava, sino la dulce compañera

del hombre, la sacerdotiza del hogar, la digna y amante madre que al consagrar su vida á los objetos de su ternura, tiene el derecho de ser amada y respetada de los seres que la rodean. Entonces quedó establecida la familia bajo estas bases sólidas y duraderas. Pero esto no era aún bastante para satisfacer la ciega idolatría de que la mujer fué objeto en la Edad Media, porque las bases de esa admiración eran demasiado fútiles y deleznable y no podían ser inmutables. Algo más debía esperarse, y hé aquí que cuando el sentimiento de justicia enarboló su estandarte en el adelanto moral é intelectual del hombre, entonces fué cuando también pudo comprender lo que la mujer vale, y para nivelarla á él, aunque sus atribuciones sean distintas, se ha preocupado en desarrollar las facultades intelectuales de ésta.

Un gran pensador mexicano ha dicho: "El termómetro de las civilizaciones, lo que inequívocamente revela la cultura de las sociedades, es el lugar que el hombre da á la mujer." Y así es, en efecto: fijad vuestra atención y os convenceréis de esta gran verdad.

Porque el hombre y la mujer deben formar un conjunto en la familia y en la sociedad; el hombre será la cabeza y la mujer el corazón, él será en muchos casos el iniciador de las grandes ideas, y ella la mano liberal que realice la obra concebida. Y esas dos mitades del género humano se unirán no sólo por la simpatía, sino por el bien que ambos pueden realizar siempre.

Dije en un principio que la familia y la escuela son las dos sociedades que han excitado mis sentimientos de gratitud y afecto, y me complazco en repetirlo. ¡La escuela! Hé aquí el apoteosis más digno y elocuente de lo que antes hemos dicho, hé aquí la fuente inagotable de la vida de nuestra alma! Hé aquí donde se abren espaciosos y bellos horizontes á la juventud, donde en los primeros albores de la vida se aprende á levantar un altar á la ciencia y un templo á la libertad. Donde el hombre robustece sus energías y santifica sus aspiraciones, y donde para la mujer brilla también la fructificadora luz de la ciencia que prepara su grandeza y despierta sus esperanzas. Donde también, como en la vida íntima del hogar, hallamos otros seres muy dignos de nuestro sincero afecto, nuestro profundo respeto y eterna gratitud. Tales son nuestra directora, nuestros maestros; ellos son como nuestros padres cariñosos y bue-

nos que nos inician en los secretos de la naturaleza, enriquecen nuestra alma, iluminan nuestra mente con su sabias enseñanzas; ellos son también los que con la misma solicitud de nuestros padres nos llaman muchas veces al camino del bien, al cumplimiento de nuestros deberes, y nuestros conocimientos son hijos de quienes nos los han sabido impartir.....!

¡Con cuánta ternura recordaremos más tarde los años de nuestra primera juventud! Qué variedad de sentimientos despertará en nuestro corazón el recuerdo de la escuela donde la amistad ha cercado también sus blancas alas en el limpio y hermoso cielo de nuestras primeras ilusiones, de nuestros más bellos ensueños. ¡La amistad!.... ¿Sabéis lo que esta palabra significa? ¡Oh! y ¿qué alma sensible y buena no ha sentido palpitar en su pecho ese bello é interesante afecto? La amistad también es una emanación de Dios, el bálsamo del consuelo, la copa del néctar divino á donde todos, absolutamente todos, hasta los más infelices y egoístas, pretenden acercar sus labios.

La amistad es el complemento de la dicha, es uno de los sentimientos más hermosos que existen en el corazón, y que en su amplia y recta significación debe estimarse como la fuente de todos los sentimientos generosos, desinteresados y nobles que explican todas las virtudes.

Una verdadera amiga es una joya de inapreciable valor; difícil es encontrarla; mas cuando tenemos la seguridad de haber adquirido ese tesoro, podríamos considerarla como la identificación de nuestro propio sér. La amistad, estimada cual debe serlo, es el fraternal lazo que envuelve toda la humanidad.

Y este hermoso sentimiento también germina y se desarrolla en la escuela.

En nuestras compañeras encontramos unas hermanas, unas amigas buenas y cariñosas que á impulso de la natural simpatía, del fraternal afecto, sufren ó gozan con nosotras y juntas caminamos al término de nuestros afanes.

Aquí debería concluir, pero en lo más profundo de mi conciencia me parece escuchar una voz que me dice: Hay algo más grande, que exige, que reclama de tí la admiración, el respeto y la gratitud, qui-

zá en tan alta y en mayor escala....! Sí, ante mi recuerdo surgen inundadas de luz y de gloria, las benditas figuras de los redentores de nuestra vida nacional, de los verdaderos apóstoles de las ideas nobles y eminentemente moralizadoras, de los campeones de la libertad, que á imitación del Dios Hombre supieron derramar su sangre en aras de la santa causa de la justicia y de la libertad de nuestra hermosa México. Honor y gloria á sus nombres. Gratitud infinita también á los que han sabido dedicar sus esfuerzos al adelanto de la mujer mexicana, al fundador de este bendito templo del saber, al excelso Juárez y á nuestro actual gobierno, que con tanta solicitud continúa y perfecciona la obra!

Aprendamos, hermanas, queridas, á ser dignas de esos nobles esfuerzos, aprendamos á ser esclavas de nuestros deberes para ser también soberanas en el respeto y estimación de los mexicanos.

México, 26 de Julio de 1902.

MARIA LUISA ARMIJO.

FRÖEBEL.

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

COMPAÑERAS:

La aurora matutina se inicia. Allá, muy lejos, detrás de las azules montañas cuyas cuestas más altas están coronadas de eternas nieves, siempre acariciadas blandamente por el roce de blancas y tenues nubes; muy lejos, en el espacio infinito, se alza lentamente el áureo disco, el astro luz, el astro vida, tiñendo el inmenso horizonte de color de rosa, de color de ilusión, y animando cuanto con sus tibios rayos toca.

El ambiente perfumado juguetea por entre las frondas de los añosos árboles en cuyas flexibles ramas se asperezan las pintadas guacamayas, así como los jilgueros y zenzontles que gorjeando elevan un himno de gratitud hacia aquel á quien todo lo deben.

El valle está sembrado de olorosas y multicolores flores que se estremecen al soplo de la brisa, dejando caer sobre la tierra húmeda, por la que pululan los insectos, una fina lluvia de rocío. El aire se puebla de matizadas mariposas, de zumbadoras libélulas. Todo es luz, todo es alegría, todo es vida á vivir... El espectáculo es grandiosamente bello, pero al cuadro le falta una figura, la del hombre. ¿En dónde está? En la ciudad, encerrado, entre los muros de su habitación, reclinado sobre un libro, abstraído en el desarrollo del problema que ha de hacer avanzar á la humanidad con pasos gigantescos en la senda del